

La escena era tan vívida, tan real, que Margarita sabía que se trataba de una visión de futuro. Sin embargo, cuando describía a sus amigas y a sus familiares esa enorme y elegante fiesta donde un guapo lord, que sin duda sería su marido, le susurraba al oído, todos repetían lo mismo:

—Cielo, todo eso que nos cuentas no es más que una entelequia.

Pasaron los años y se enamoró, no de un lord de físico espectacular, sino de un abogado bastante corriente pero con un corazón que no le cabía en el pecho. Margarita le quería, aunque se aburría y, en el fondo, no era del todo feliz porque seguía soñando con su elegante hombre perfecto. Añoranza que continuó hasta que uno de los clientes de su marido les invitó a una fiesta para celebrar que habían ganado un caso.

La joven reconoció el escenario de inmediato, así como al guapo lord de sus sueños. No pudo dejar de mirarle en toda la noche, preguntándose si no se habría equivocado al casarse con su marido y si no estaba frente a su amor verdadero.

El lord tampoco dejó de observarla, pero no intercambiaron ni una palabra hasta que su esposo fue a por más bebidas y se quedó sola. En ese momento, el lord se acercó como un felino al acecho y le susurró, como en su sueño. Pero no eran palabras de amor, sino instrucciones, en un lenguaje más bien rudo, para que se escabullera de la fiesta sin ser vista y se reuniera con él en un lugar apartado.

El chasco fue grande, suficiente para que decidiera alejarse de ese hombre que la había hecho suspirar en sus sueños. Se giró, en busca de su marido, y le encontró junto a una columna, pálido. Margarita ya no pensó más en el lord y fue con él para pedirle que se marcharan. Dicho esto, su esposo pareció recuperar algo de color y le confesó que, por un momento, había sentido que estaba a punto de perderla, ya que ese hombre era famoso por su afición a destrozar matrimonios seduciendo a mujeres casadas.

Ella rió y le tranquilizó, aunque internamente daba gracias a ese sueño que la había obsesionado durante tantos años. De no haber idealizado a ese hombre, de no haberse autoconvencido de que lo que le susurraría serían palabras de amor, quizás hubiera sentido curiosidad y puede que hubiera caído en su trampa, lo que le hubiera hecho perder a quien más le importaba. Desde ese día, dejó de soñar entelequias y pudo ser feliz por fin.